



Estudio Para Grupos de Crecimiento

ESTUDIO 1364

Brisas

LA BENDICIÓN DEL QUEBRANTAMIENTO

Quebrantado. Bendecido. Parecería que las dos palabras no pueden ir juntas. Parecen ser exactamente opuestas.

Todos sabemos lo que significa ser quebrantados: Sentirnos destrozados, como si nuestro mundo se derrumbara, o que todo explotara. Todos atravesamos momentos cuando no deseamos levantar la cabeza de la almohada, cuando pensamos que las lágrimas nunca cesarán de correr. El quebrantamiento generalmente va acompañado de vacío: Un hueco que no se llena, una angustia que no se consuela, una herida para la cual no existe bálsamo.

No produce ninguna sensación de bienestar. Los momentos más dolorosos y difíciles de nuestra vida son cuando nos hemos sentido quebrantados. No nos gusta el dolor, el sufrimiento o las sensaciones del quebrantamiento. Hay ciertas circunstancias en la vida que duelen, y por momentos el dolor es tan intenso que nos hace pensar que nunca sanaremos.

Sin embargo, una de las cosas que debemos entender es que después del quebrantamiento se pueden experimentar las bendiciones más grandes de Dios. Entonces, nuestra vida puede ser mucho más fructífera y desarrollarse con un propósito mayor. El amanecer después de una noche muy oscura y devastadoramente tormentosa es glorioso. Sentir nuevamente el gozo al final de un período de intenso duelo puede producir una sensación increíble. La bendición puede venir como consecuencia de haber sido quebrantado.

Pero ésta viene únicamente si experimentamos el quebrantamiento de una manera completa y nos confrontamos con la pregunta: *¿Porqué Dios permite que seamos quebrantados?* Si dejamos que el Señor haga Su obra completa en nosotros, la bendición vendrá detrás del quebrantamiento.

¿HUIAMOS DEL DOLOR O LE HACEMOS FRENTE?

La mayoría de las personas no comprendemos lo que la Biblia nos enseña acerca del quebrantamiento. Por lo tanto, la última cosa que deseamos en la vida es experimentarlo. Más bien, siempre nos esforzamos para huir de él.

En un tiempo cuando oímos hablar tanto acerca de la prosperidad, la sanidad, o el deseo de Dios de vernos felices, el mensaje del quebrantamiento carece de atractivo para muchos de nosotros. Por cierto, los únicos a quienes nos parece atractivo somos aquellos que deseamos lo mejor del Señor.

Él se encuentra más involucrado en el proceso de transformar nuestros deseos que en el de darnos lo que deseamos. Nos está purificando, nos está amoldando, transformándonos en la clase de personas con las cuales desea vivir para siempre.

Dios no nos creó para darnos cada capricho y deseo, sino más bien para llevarnos a la posición en la cual queramos hacer sólo lo que desee. Nos creó para Él mismo.

¿Realmente deseamos lo mejor del Señor para nuestra vida?

¿Verdaderamente deseamos convertirnos en esa persona que Él diseñó desde antes de que naciéramos?

¿Estamos dispuestos a que haga cualquier cosa que sea necesaria para conducirnos a una total entrega a fin de que tenga libertad de lograr todo lo que desea hacer por nosotros y todo lo que quiere realizar en nuestra vida?

Para obtener lo mejor de Dios, debemos estar dispuestos a rendirnos completamente a Él, de tal manera que el Espíritu Santo nos guíe al punto en el que seamos expresiones vivientes y caminantes de nuestro Señor Jesucristo en el mundo hoy.

No llegamos a este estado fácilmente. Aún cuando nos rindamos completa y conscientemente al Señor, seguimos siendo purificados. La purificación se lleva a cabo con el tiempo y a través de muchas circunstancias y situaciones. Ninguno llegamos absolutamente, formados como cristianos maduros en el instante en el que reconocemos a Cristo Jesús como Salvador. Nos convertimos en nuevas personas en el plano espiritual, pero aún debemos crecer en la naturaleza de Cristo. El crecimiento es un proceso que incluye contratiempos, fracasos, lecciones difíciles y también quebrantamiento. Nuestro desarrollo no incluye solamente un crecimiento espiritual, sino también una renovación de la mente y las emociones.

Los viejos hábitos no los podemos cambiar fácilmente. Los deseos de antes quedan adheridos a nosotros a pesar de nuestros esfuerzos por quitarlos de la mente y el corazón. Los antiguos patrones de conducta tardan en morir. En muchos casos, las relaciones anteriores deben ser renovadas o redefinidas. A veces, otras personas a quienes amamos profundamente no parecen crecer espiritualmente con la rapidez que deseáramos, o al mismo ritmo que nosotros.

Aún cuando nos encontremos en el estado más dispuesto y sumiso, seguiremos padeciendo de la falta de conocimiento de nosotros mismos y, por lo tanto, de nuestros propios pecados. No percibimos esas áreas oscuras en nuestro interior. Podemos *pensar* que nos hemos arrepentido de todos nuestros pecados, pero justo en eso Dios nos revela otra área de la vida que necesita de Su amor perdonador para luego ser limpiada, sanada y renovada por el poder del Espíritu Santo.

Una y otra vez nos encontramos en el proceso de quebrantamiento para que nuestra vieja naturaleza pueda morir, que se pueda limar alguna mancha áspera en nuestro carácter o que un talento desconocido pueda salir a la luz.

El proceso es doloroso y difícil. Sin embargo, es necesario.

El quebrantamiento no es algo que debemos evitar, o rehuir a toda costa. Más bien, es algo a lo cual debemos hacer frente con fe. Si en verdad deseamos ser todo aquello para lo que Dios nos diseñó, debemos someternos a Él durante los tiempos de quebrantamiento permitiéndole que nos revele *por qué* estamos atravesando la circunstancia y *qué* es lo que desea que aprendamos de esta situación.

UN VASO PERFECTO

Un día el Señor le habló al profeta Jeremías:

“Levántate y vete a casa del alfarero, y allí te haré oír mis palabras. Y descendí a casa del alfarero, y he aquí que él trabajaba sobre la rueda. Y la vasija de barro que él hacía se echó a perder en su mano; y volvió y la hizo otra vasija, según le pareció mejor hacerla. Entonces vino a mí palabra de Jehová, diciendo: ¿No podré yo hacer de vosotros como este alfarero, oh casa de Israel? dice Jehová. He aquí que, como el barro en la mano del alfarero, así sois vosotros en mi mano, oh casa de Israel.” Jeremías 18:2-6

Cuando un alfarero trabaja sobre su rueda, el vaso va tomando forma a medida que las manos lo moldean y guían el flujo de arcilla que sube. Pero luego, si el vaso no encuentra la aprobación, el alfarero lo rompe nuevamente sobre la rueda y vuelve a darle forma a la arcilla. El propósito no es destruir su obra, sino más bien hacer un trabajo más perfecto, dando lugar a una forma más bella y útil.

Dios obra en nuestra vida de esta manera, amoldándonos y transformándonos en la clase de personas que Él anhela que seamos, para que podamos traer gloria a Su nombre y para que pueda utilizarnos al máximo en la extensión de Su reino.

Cuando escogemos el diseño divino, inevitablemente debemos escoger rendirnos al quebrantamiento y permitirle al Señor que nos haga de nuevo y que nos renueve como Él desea, incluso cuando esto signifique sufrir dolor y pruebas.

El quebrantamiento puede ser el camino hacia una gran bendición, pero esto será así solamente cuando permitamos que Dios nos quebrante y que diseñe la bendición.